

CAPRICHOSO DESTINO

Era un domingo cualquiera, Claudia estaba sentada en un banco debajo de su casa pasando la tarde y contemplando todo lo que tenía a su alrededor como normalmente hacía. De pronto le vino un olor extraño y se empezó a marear, cayendo así en un sueño profundo. Cuando despertó, no sabía lo que estaba pasando. Todo aparentaba seguir igual: la panadería, la floristería y las casas de su calle seguían estando en su sitio, pero ella notaba algo raro, algo insólito.

De pronto alzó un poco más la cabeza y se dispuso a caminar pese al mareo que sentía. Por fin vio a alguien. Eran un grupo de personas, de adolescentes como ella, pero algo no le cuadraba. De los ocho que eran, seis estaban mirando hacia abajo como si se les hubiera perdido algo por el suelo y lo estuviesen buscando, pero ninguno hablaba, solo sonreían de vez en cuando. Los otros dos estaban al final del todo, sin pronunciar palabra.

Claudia, que era una chica extrovertida se dirigió a hablar con ellos y a prestarle su ayuda si la necesitaban. Cuando ya estaba a unos diez metros de ellos, se dio cuenta de que tenían todos una especie de lámina gruesa en la mano la cual no paraban de tocar. Ella seguía sin entender nada. Cuando por fin consiguió llegar donde estaban todos, ella les preguntó, "¿qué lleváis todos en la mano que causa tal atención?", ellos empezaron a reírse y respondieron "es un móvil, nunca has visto uno ¿o qué?" ella lo negó con la cabeza. Extrañada y confusa se dirigió hacia su casa.

Llevaba las llaves en la mano, pero cuando fue a abrir, la puerta no se abría. Llamó a su madre, pero nadie contestaba. Como no tenía otra cosa que hacer, decidió ir a la casa de su mejor amiga Ana. Para ello tenía que atravesar tres calles más, así que comenzó a caminar, ligeramente más rápido que la vez anterior porque ahora tenía un poco de frío. Volvió a ver personas. Unos estaban en un bar tomando unos refrescos, haciéndose una especie de fotografía, pero utilizaban la misma lámina que anteriormente habían llamado "móvil" aquellos niños.

Ella hizo como que no lo había visto y continuó su camino, pero justo al lado de la casa de su amiga, se encontró con una chica sentada en un banco con un carrito de bebé al lado, la cual le sonaba mucho su cara. El bebé no paraba de llorar, pero la chica no le hacía gran caso, estaba distraída también con el "móvil". Sin saber por qué, a Claudia le entró un escalofrío y empezó a correr hacia la casa de Ana para contarle rápidamente lo que estaba ocurriendo y preguntarle si ella sabía algo.

Por fin llegó al portal 63, el de su amiga, llamó al telefonillo tres veces como de costumbre. Nadie le contestaba. Volvió a llamar, esta vez durante más tiempo, pero nadie le abrió. De pronto un chico de unos veinticinco años salió del portal. Ella no lo reconocía, pero eso no le extrañó, ya que no conocía a todos los vecinos de Ana y podría ser únicamente un familiar de alguno de ellos. Pensaba que esa podía ser su única oportunidad, así que no se lo

(Caprichoso...)

pensó dos veces y se coló dentro del portal. Él no le dijo nada ya que estaba distraído con una especie de cables conectados a los oídos. Claudia lo miró, él no le dirigió la mirada, así que cerró la puerta suavemente y se metió en el ascensor. Subió al cuarto piso y llamó al timbre de su amiga. Nadie le abrió, pero se oían ruidos dentro de la casa. Volvió a llamar. Esta vez sí que le abrieron.

Era una señora alta, de pelo negro y mirada fija. Claudia, sorprendida, le preguntó si estaba Ana en casa. Ella dijo que ahí no vivía ninguna Ana, que solo estaban ella y su marido y que vivían en esa casa desde hacía trece años. Claudia empezó a agobiarse un montón. No entendía nada y no encontraba ninguna respuesta lógica a todo aquello que estaba pasando. De pronto, se miró en un espejo y comprendió algo de lo que estaba ocurriendo. La del espejo era ella, pero no la misma de hacía unas horas. Ahora no tenía quince años, tenía unos cincuenta. La chica, al ver su cara de preocupación le preguntó qué le pasaba y ella le respondió que se había confundido de casa y se fue.

La hipótesis de Claudia fue que había viajado en el tiempo, sin saber cómo, pero, que lo había hecho y aquel olor que causó su desmayo tenía algo que ver. Ahora todo le cuadraba. En treinta y cinco años todo había cambiado mucho. Los niños, en vez de salir a la calle a jugar con una pelota y hablar con sus amigos, se dedicaban a estar con los "móviles" sin prestar atención de lo que tenían a su alrededor, al igual que el resto de adultos con los que ella se había encontrado. Era como que aquella pantalla les dominaba sin que ellos se dieran cuenta. También intuyó que aquel cable que estaba conectado a los oídos del chico que no se enteraba de nada, era de las mismas características que los móviles. Aquel futuro era muy distinto al que ella imaginaba y no le gustaba nada. Pensó que no tenía otra opción mas que volver a su casa a ver si esta vez le abrían e intentar adaptarse a aquella época la cual era desconocida a ella.

Llegó a su casa, llamó al telefonillo. Nadie le abrió. Volvió a llamar. Nadie le abrió. La quinta vez que llamó le abrieron sin preguntar ni siquiera quien era. Ella subió a la que se suponía que era su casa. A estas alturas no estaba segura de que lo fuese. Ni de si iba a estar su madre allí.

Cuando paró el ascensor, ella salió de él y fue directa a la puerta. Esta ya estaba abierta, pero no estaba su madre esperándola. En su lugar estaba un hombre que parecía tener unos cien años. Este le dijo susurrando "veo que no te gusta lo que te espera en un futuro". Claudia, extrañada y casi sin aliento dijo "dis...disculpe, creo que no le he entendido". El hombre, riéndose, le aconsejó que se tranquilizara y le dijo que podía volver a su época en el momento en el que ella quisiera. Rápidamente, ella le rogó que le volviese a llevar donde empezó todo. Al poco tiempo, Claudia volvió a notar ese característico olor y cayó otra vez en un intenso sueño durante un tiempo.

Cuando despertó, pese al fuerte dolor de cabeza que tenía, se le iluminó la cara al volver a ver a aquellos niños jugando todos juntos, sabiendo así que había vuelto a su época. Era la niña más feliz del mundo. Lo que no sabía, era el inesperado futuro que le esperaba. Doce años después, Claudia se hizo una de las personas más ricas en todo el mundo. Fue la inventora del teléfono móvil.